

**Mario Rivero Ruiz**  
**IES Fuente Fresnedo (Laredo)**  
**CANTABRIA**



### **EL DESVÁN DEL ABUELO**

El abuelo había muerto. No podía quejarse. A sus 105 años, había tenido una larga y buena vida, siempre de aquí para allá, con sus negocios. Probablemente, pensaba yo, fue feliz. ¿Qué otra cosa podía pedir?

Sin embargo, mi padre, hijo del abuelo, nunca le tuvo demasiado aprecio. Siempre se quejaba, le acusaba de haberle abandonado con la abuela.

Mi abuela se llamaba Eugenia, aunque los del barrio la llamaban “Tati” por una historia que ahora no tiene importancia. Vivía, y no sé si vive, en una buena casa en Barcelona, a poco de las Ramblas.

Era considerablemente más joven que el abuelo, tendría alrededor de 80 años. Supongo que ahora debería escribir un párrafo describiendo al abuelo, su aspecto. Hablar de lo que hablaba, sentir lo que él sintió. No puedo. Solo le ví dos veces, en dos ocasiones. La primera, apenas tenía yo dos primaveras y, como es normal, no recuerdo ni por qué vino ni por qué se fue. No soy capaz de acordarme de su rostro ni de su carácter. La segunda, en su funeral, engalanado con ropas fúnebres, y tan maquillado, pintado y deteriorado por los estragos de la edad que no pude reconocer sus rasgos.

Solo sé un par de cosas sobre él: su nombre era Ricardo y fue un apasionado de Egipto.

Mi padre me contó que era un republicano convencido y que, tras la Guerra Civil, marchó a Londres para unirse a la armada inglesa.

Al poco le destinaron a una pequeña base militar en el Delta del Nilo. Los italianos amenazaban los intereses británicos en Oriente.

En 1942, embarcó en una fragata que patrullaba todo el río, desde Asuán hasta Port Said. El abuelo le dijo a papá que jamás vió italianos en Egipto. Incluso llegó a creer que era falacias del Gobierno para mantenerlos alerta frente a los fascistas.

En 1944, desertó del ejército, y se instaló en una casita en Menfis. Siempre dijo que se había enamorado y que por eso no podía volver a España a cuidar de papá.

En cualquier caso, ya había pasado tiempo de aquello, 50 años en concreto. En 1991, mi padre vivía en Getafe, en la más absoluta pobreza. No quiero decir que él viera la muerte del abuelo como una posibilidad de vivir mejor, de subsistir. Al menos Ricardo reunió mucho dinero durante su estancia en el País del Nilo, y papá lo sabía, así que, el día de su muerte, me mandó a mi para reclamar sus pertenencias. Aunque para su velatorio le trajeron a

España, su vida habitual la llevaba en Egipto, en una casa frente a las Pirámides de Guiza. Con el dinero ahorrado de tantos años me pague el vuelo y un amable señor que hablaba torpemente castellano, al saber que yo era familiar del abuelo, me indicó la dirección de la que había sido su morada tanto tiempo, y hasta se ofreció a acompañarme, a lo que yo me negué dando, eso sí, las gracias por su ayuda.

Y allí me encontraba yo, en un viejo desván de El Cairo, rodeado de todo tipo de antigüedades maravillosas.

Lo primero en lo que me fijé fue en una extraña brújula, probablemente de manufactura árabe. Al abrirla, se deslizó una pequeña foto del tamaño de un sobre. La cogí al vuelo antes de que tocara el suelo. La miré, observándola detenidamente, y un esbozo de sonrisa iluminó mi cara. En ella podía ver un hombre de mediana edad que ciertamente se daba un aire a mi, junto con un hombre bereber, en una tienda frente al desierto. A la izquierda y abajo pude leer una pequeñísima inscripción: "Ricardo Darín, otoño 1948!".

Guardé bien la foto, junto a la brújula, en mi bolsillo y proseguí investigando la estancia. Era una habitación amplia con paredes de madera. Un pequeño agujero en el techo dejaba pasar la luz de la mañana egipcia.

Una gran estatua negra del dios Anubis atrajo mi atención. Anubis era el dios de las momias, el guía de los muertos en el Más Allá. Tenía cuerpo de hombre pero cabeza de chacal. Lo sostuve con delicadeza entre mis manos. Solo fue un momento. Lo volví a dejar sobre la mesa. Ahora, fascinado, miraba a todas partes, impresionandome en todo momento. Pude ver una miniatura de un piramidión, artefacto que se colocaba en lo alto de las pirámides, varias tablas, repletas de inscripciones que no podía desentrañar, escarabeos, usados para marcar el lugar del corazón de los difuntos, un espléndido halcón de oro, representación de Horus, protector del faraón...

Salí de allí más contento de lo que había esperado. No solo encontré aquellos objetos que parecían sacados de una película, sino que por fin entendí lo que sentía el abuelo.

Aquel amor por Egipto.